

Un pas de côté

En septiembre del 2020 aún no conocía a Álex Marco personalmente (aunque sí su trabajo obviamente). Al ser invitado como jurado de Abierto Valencia pensé que era un buen momento para coincidir y presentarnos. *Está en una residencia de tres meses, solo en un chalet en medio de los Alpes suizos*, me dijeron. Mi primera reacción fueron unos ciertos celos. Habíamos pasado varios meses encerrados por culpa de la pandemia y los confinamientos y un lugar aislado rodeado de naturaleza se había convertido en el Santo Grial que todos buscábamos. Luego pensé lo raro que resultaba volver a recluirse cuando todo el mundo buscaba salir de casa. Pero, en este caso, era una decisión, no una imposición, con el tiempo por delante y un entorno que, según me habían dicho, resultaba idílico.

Lo segundo que pensé fue lo que iba a salir de allí. ¿Cómo iba a adaptarse alguien que trabajaba tanto con materiales como el hormigón, el cemento, la cera, el hierro o el esmalte? Alguien que investigaba los entornos urbanos para poner de manifiesto sus ‘usos sociales y para qué los usamos y la manera en la que habitamos la ciudad’.

Lo cierto es que, visto a posteriori, esa decontextualización de sus técnicas y procesos de creación tenían todo el sentido del mundo. Al ver sus nuevos trabajos, uno no puede más que sentir la evidencia y naturalidad con la que Marco ha aplicado ese equilibrio entre lo impredecible y lo calculado, ese ‘ponerse al servicio’ del espacio y esa inmediatez pictórica que utiliza normalmente pero en un contexto nuevo. De alguna manera, las formas abstractas y los juegos de luz que ya conocíamos con tinta china en sus dibujos adquieren entonces nuevos significados, extrañas posibilidades podríamos decir. Ojos que nos observan, como en *There are just two lights around the chalet*, ramas que parecen manos, como en otro de sus dibujos con tinta, toda esa serie de espejismos y ruidos extraños que nos envuelven cuando estamos solos en la naturaleza.

Recuerdo cuando fui de viaje a Tasmania. Una noche, salí a fumarme un cigarro en la pequeña terraza que tenía la cabaña que había alquilado en medio del bosque. Nunca vi una noche tan negra. Al encender el móvil, se iluminó el prado que estaba delante de la casa. Ahí estaban ellos, una veintena de canguros, wombats y possums que no había visto, que no había oído, invisibles en la oscuridad y mirándome fijamente como a un intruso. El negro de las acuarelas de Álex Marco me remite a eso. Su *3:00h. Someone is walking on the roof*, también. A nuestra fragilidad ante algo que nos sobrepasa. A ese miedo mezclado de euforia al encontrarnos en un entorno desconocido. Olores que nos envuelven y nos desestabilizan (*Actually, there’s a burned log smell*, por ejemplo), rumores extraños.

Eso que Kant llamaba *el cielo estrellado encima de nuestras cabezas* y que era para él la cosa más sublime.

Pienso en el tiempo congelado a la espera de esa “hora loca de los gatos” de la que habla Marco (en la exposición homónima en la Galería Luis Adelantado en 2015) para definir su proceso creativo. Su inspiración debió ir acorde con la propia vida animal y vegetal. Pienso en esa *Hora del Lobo* de la que habla Ingmar Bergman, también en su película homónima¹, ese momento en el que “nuestro sueño es más profundo, nuestras pesadillas son más ricas” y que no es más que el reverso de la simplificación bucólica del retiro espiritual y creativo. Y al ver los videos que allí rodó, algo aparece de la nieve de *El Resplandor* y la radicalidad de *Into the wild*.

Estamos lejos de los viajes al sur de los pintores decimonónicos o de los peregrinajes de Van Gogh a Arles y de Gauguin a sus islas. Y, sin embargo, el dispositivo no se aleja tanto. Salir de lo conocido para descubrir nuevos escenarios. En *Les Alisiers*, Álex Marco cambia su material natural

1 En la que, de nuevo, un pintor y su mujer se quedan solos en una isla.

por las ramas, las flores, la tierra y los hongos. Pasa del 'concrete' a los seres vivos como dice en el acertado título del texto que acompaña su residencia. Pero, de alguna forma, su manera de trabajar se mantiene igual. Estar atento al uso que le damos a nuestro entorno, a la manera en la que los hombres se inscriben en un espacio, abrirse a los cambios, las marcas que aparecen, ya sea con el desgaste de las ruedas de un skate en una rampa o el emerger natural del tiempo que pasa en el campo suizo. Sus cajones blancos dispuestos a la entrada de la casa recuerdan indudablemente a las rampas que fabrica para disponer allí papel sobre el que patinar. ¿Hace lo contrario que en el entorno urbano? No diría eso, más bien se aleja del rastro del hombre para ponerse a la escucha del devenir de los líquenes, las flores, las piñas, los troncos y las alas de pájaro. Deja trabajar la propia fuerza natural, el ciclo de la vida misma para que sea ésta la que deje su huella en la obra. De nuevo, como en su anterior trabajo, el artista se pone a la disposición de lo que pueda ocurrir, testigo distanciado de lo que le rodea. De eso que pasa 'cuando duermes' por citarlo directamente (*Has something happened while we were asleep?*).

Y me lo imagino durmiendo, ya sea en su piso de Valencia o en esa magnífica casa de los Alpes suizos.

Y, al despertar, las cosas han sucedido.

La idea de gesto -tan importante para él- quizás deje sitio aquí al propio proceso; a un tiempo de eclosión y transformación ajeno a la mano del artista. De esta manera, Álex Marco no hace más que seguir con su reflexión sobre el concepto mismo de autoría, que ha ido trabajando mediante estructuras o instalaciones en las que su participación era casi inexistente. Lo hace sin la presencia humana, en la soledad de una cabaña (magnífica pero cabaña al fin y al cabo...) en la que decidió también ponerse al servicio de lo que allí había. Una suerte de inmersión no tan alejada de la que siempre propone con el espacio urbano, al mismo tiempo observador y experimentador, al acecho de lo que ocurre. De esta manera, decidió no llevarse nada de su casa valenciana en su periodo de residencia. Todo lo que produjo proviene del propio lugar de acogida. Hasta el punto de realizar un pincel propio con pelo de zorro en un gesto de *robinson* del siglo XXI, como me contó después.

Aparecen de nuevo algunas de sus líneas habituales como los *Inventory* o sus construcciones precarias que ya habíamos visto en Jaén con *Prototype of a precarious space (two white cubes with a drawing)*. Siempre hay algo de la observación del entorno en el trabajo de Marco. Quizás por eso me resulte tan interesante su cuaderno de dibujos, su diario (¿de viaje?) tendríamos que llamarlo, en lo que representa de esa imposible plasmación del tiempo que pasa, de las formas que evolucionan, de la luz cambiante y del mundo siguiendo su curso, ajenos al ajeteo del bullicio artístico. Las formas se vuelven aquí más orgánicas, naturales, atentas a los entresijos y lo vivo, alejado de ese diálogo con las fotografías cotidianas y salvajes que tan bien funcionaba también en el fresco de *El cuenco roto*, 2019. Es imposible no adivinar la forma de los árboles, los ángulos de la casa, el vacío del paisaje, salpicado de la presencia masiva de las plantas, en sus tintas y gouaches sobre papel una vez que uno ha visto los fotogramas extraídos de los videos que realizó durante su estancia. Lo formal adquiere entonces unos tintes autobiográficos que le confiere al color, a la saturación y al trazo esa dimensión personal que todo dibujo necesita para realmente interpelar al espectador. Algo de la angustia del desconocido silencio, del estiramiento temporal de los días solitarios, del aislamiento autoimpuesto reconocemos entonces.

Igual que intuimos los recorridos simplificados, los paseos por caminos descubiertos, la forma de ciertos tallos y de ciertas piedras en los dibujos del cuaderno. Vamos interpretando lo que antes nos aparecían como curiosos test de Rorschach y que quizás digan más sobre los pensamientos íntimos de Marco durante esa estancia de lo que querríamos aceptar. Pero no solo su interioridad parece documentada: la forma de las habitaciones, las escaleras, las telas de araña, los ángulos del salón, las montañas en la lejanía, el perfil de los animales, las hojas, las vallas, el atardecer y el alba, el frío y la lluvia, todo lo que se acerque a esa 'peculiar identidad del lugar', como la llama él.

Al contemplar todo eso no puedo dejar de pensar en uno de los libros más maravillosos sobre la soledad y la naturaleza: *Dans les forêts de Sibérie* de Sylvain Tesson.

En la primera página, el escritor francés, exiliado en medio de una cabaña abandonada de Siberia nos cuenta:

‘Allí me llevé libros, unos puros y vodka.

El resto- el espacio, el silencio y la soledad- ya estaban allí’.

Así me imagino a Álex en Suiza. Con el espacio, el silencio y la soledad.

Esperando la respuesta de un eco que nunca llega.

Un domingo por la mañana. Un eterno domingo por la mañana que dura tres meses.

Fallen leaves thrown across the sky.

No puedo imaginarme mejor manera de crear.

“Me inventé una vida sobria y bella, viví una existencia resumida en gestos simples. Miraba pasar los días, en frente del lago y del bosque. (...)

La cabaña era un puesto de observación ideal para captar los estremecimientos de la naturaleza”

Cuando hablé con Alex sobre su estancia creo que eso es exactamente lo que imaginé que había experimentado. El *box-set* de 65 dibujos aparece entonces más como un diario de aventurero del siglo XIX descubriendo territorios desconocidos, estremecimientos casi invisibles. Porque la inmovilidad también puede aportar ‘lo que el viaje ya no consigue procurarme’, como cuenta Tesson. Y más en ese año 2020 en el que el único viaje posible para todos fue el viaje interior.

O como el *Stalker* de Tarkovski mapeando La Zona, buscando escondites, imaginando caminos, reconociendo sombras que cambian de un día para otro. El ejercicio del gouache se convierte en un intento de comprender el entorno, en la *trace* de lo que allí está sucediendo.

Hay algo inquietante también en esta experiencia casi ermitaña, parecido ‘a la ciencia-ficción’ como cuenta el mismo artista. Una sensación escatológica, de renovación post apocalíptica a la que no puedo evitar pensar viendo los fotogramas del video y pensando en el momento (la pandemia, el confinamiento, la nueva relación con la naturaleza, la dilatación de un tiempo suspendido...) en que se produjo la residencia. Giorgio Agamben explica en uno de sus libros – refiriéndose a Kafka, Scholem y Benjamin- que el tiempo mesiánico, la llegada del Reino, no se diferencia en nada de ‘la vida normal’. Todo sigue exactamente en su sitio, como siempre, aunque con un sutil e imperceptible cambio, como si las cosas se encontraran *ligeramente* movidas. Siempre me ha fascinado esa afirmación. Quizás sea de lo que habla Alex cuando dice que cada día “todo parece haberse desplazado lentamente un par de centímetros de su ubicación original”. Quizás la espera mesiánica sea simplemente eso, el devenir inmutable e imparable de lo que Emanuele Coccia llama la *vida sensible* y que Marco intenta capturar en los elementos caídos o la vegetación encontrada de *Jardín o Recipiente*.

Podemos teorizar. Podemos interpretar. Podemos analizar. Pero estoy convencido de que lo mejor que sacó Álex Marco de su estancia no fueron las producciones.

Fue una experiencia.

Algo sobre la luz y los contornos, la paciencia y lo esencial, el principio y el final, la duda en los bordes y los resquicios que siempre existen en todas partes.

Algo que encuentro en *Sin título (Un comienzo)*, uno de mis óleos favoritos.